

detenerse el movimiento por este impulso producido y ocasionado no podía pararse. ¿Qué significaba el arrogante reto lanzado por el Rey á la representación popular diciendo cómo estaba resuelto á entenderse con sus súbditos sin ella? ¿No desconocía por completo así cómo sus súbditos eran ya verdaderos ciudadanos? La revolución había conseguido una tan grande intensidad que ninguno de los nacidos podía contrastarla. Necesitábase un desarrollo completo de su fuerza y una serie lógica de sus fases para que generase una reacción, sólo posible después que se convirtiera la esperanza en desengaño. Y no podía convertirse por modo alguno en desengaño la esperanza, sino después que se hubiera cumplido y realizado. Las temerarias palabras del Rey únicamente sirvieron para precipitarlo todo. A sus insensatos ecos, las heridas abiertas en el estado popular, se recrudecieron y enconaron por modo bien terrible. Sin dar aliento ninguno á los monárquicos, enfurecieron á los demócratas contra el trono y les prestaron aquellos desarreglos nerviosos ó neurosis, á cuyos estremecimientos debían venir los horrores del período anárquico y los crímenes de la revolución jacobina. ¡Oh! No se puede proceder como procedió el Rey, con tal arresto en los propósitos y tal arrogancia en las frases y tal fanfarronada en el acento y tal aire de reto y desafío, sino sabiendo que se tiene detrás una fuerza y que á las palabras altivas subsiguen las resoluciones supremas y á las resoluciones supremas los actos decisivos y firmes. Pero Luis XVI, por no poseer fuerza ninguna, empezaba por no poseer su propia fuerza, por no poseerse así mismo. Mas veamos cómo acabara la sesión regia.

El Rey se levantó en medio de un profundo silencio. Ya no se tendían á su persona los brazos del Estado llano, ni la cabeza de éste se inclinaba en señal de agradecimiento. Un reto se acababa de lanzar y ese reto debía recogerse. La nobleza siguió el camino de la monarquía y el clero á su vez el camino de la nobleza. Todos se marcharon por el mismo sitio y salieron por la misma puerta que los príncipes. Mas el Estado llano se quedó inmóvil mirándose unos á otros los diputados, como si los hubiera herido de frío estupor aquel arrebatado de orgullo. Perplejos, inciertos, sintiendo obscurecerse al rededor suyo el aire y temblar la tierra bajo sus plantas, temían el tránsito aquel de las antiguas concordias al completo rompimiento. Pero la idea de la revolución se hizo palabra y se encarnó en los labios de Mirabeau. La universal admiración nunca descansará jamás ante un hombre, que parece un siglo; una revolución, una grande Asamblea, una clase, todo, menos un individuo aislado y solitario, pues alza de una manera desmedida su frente sobre todos los que le rodean. Si la tierra con los descubrimientos se ha engrandecido, si el arte con las inspiraciones clásicas ha revestido una forma mucho más bella y se ha consagrado á la inmortalidad, recibiendo el beso creador de Grecia; si la religión misma, que parecía llama inextinguible sobre una ara eterna y eternamente adorada, se ha convertido en una tempestad y ha llamado las conciencias á la revolución por la voz tonante de los reformadores; si la filosofía y sus modernos sistemas han sacudido las cenizas del dogma escolástico y creado el hom-

bre interior, dándole plenitud de vida y de conciencia, poniéndole amor indomable á la libertad en su corazón y el ideal de los derechos humanos en su mente; si el espíritu ha pasado en su rápido movimiento al través de los espacios desde cometa incierto y errante á sol luminisísimo en cuyo torno giran innumerables mundos; si la idea-espacio, si la idea-vida, si la idea-tierra, si la idea-arte, si la idea-religión, si la idea-ciencia, se han desarrollado en los viajes de Gama, de Colón y de Magallanes, en las figuras de Rafael y en los gigantes de la Sixtina, en los sermones de Lutero y de Calvino, en los sistemas de Vives y Bacon como en los argumentos de Descartes, el coloso, que ha aplicado todo este incendio de espíritu humano á la realidad y ha derretido en sus llamaradas y sus nubes de humo todas las cadenas, es ciertamente Mirabeau, la idea práctica, la idea política, la idea real, la idea concreta, el verbo humano, y por eso desde la tribuna desafió á lo pasado y lo tendió á sus plantas, quedando entre las ruinas de un mundo y las bases de otro, entre el ocaso de un tiempo nefasto y el oriente de otro tiempo mejor, titán combatido por la tempestad y coronado con tintas extrañas de luz y de tinieblas, como la personalidad más original, si no la más alta, que ha visto la Historia.

Mirabeau ha tenido ilustres predecesores, pero pocos. Uno de los más excelsos es Pericles. En el concepto universal para la sublime apoteosis ó elogio de Pericles á los muertos en aquellas guerras del Peloponeso por la oración entre las oraciones. Y Platón dice que obra tan perfecta se debió á la elocuencia de Aspasia. Tucídides lo ha reproducido en el libro segundo, capítulo trigésimo-cuarto y siguientes de su guerra del Peloponeso. Veamos estas honras fúnebres. Tres días antes de su celebración expónense los huesos á honrar en una tienda, bajo la cual brillan todos los holocaustos ofrecidos por los conciudadanos á sus héroes y á sus mártires. Llegado el instante de la celebración, hermosos carros conducen ataúdes tallados en cipreses y lechos funerarios ceñidos de santísimas reliquias. Junto al sepulcro que los aguarda lloran sus parientes más cercanos y se congregan todos los atenienses. Pericles debe hablar, por una disposición litúrgica del Código trazado para las ceremonias fúnebres, que previene tales arengas, encargadas á los primeros oradores. Pocos exordios tan hermosos como aquel en que presenta las dificultades múltiples de su arenga, porque unos creen, los conocedores de aquellos hechos heroicos, las palabras muy por bajo de las acciones; otros, los ignorantes, muy por encima; reinando sobre todos la desconfianza, según natural propensión, á no comprender aquello que no podemos imitar. Desde tal exordio pasa Pericles al elogio de sus antepasados. Una raza misma ocupa desde tiempo inmemorial el territorio de Grecia, conservado por sus virtudes. Y después de aseverar esto, conviértese á las causas de tan milagrosa conservación el orador, y las encuentra todas á una en aquellas instituciones y en aquellas costumbres. El ateniense no ha copiado ningún modelo, ha servido de modelo él. Su gobierno se llama democracia, porque depende todo poder del mayor número. En las diligencias entre los

ciudadanos, todos resultan iguales ante las leyes. Respecto á la consideración, no el origen, el mérito granjea los cargos públicos. Francos y rectos en su administración, los atenienses no recelan ni sospechan de los demás; no se irritan, envidiosos, porque los amigos den algo á los placeres, y huyen de severidades, que, sin merecer el nombre de castigo, penan y humillan. Sin rudeza en relaciones privadas, conforman todos sus actos á las leyes y obedecen de grado á sus autoridades. Los descansos tras las fatigas de una faena diaria, los goces en común por medio de públicos espectáculos, el movimiento y circulación de todas las ideas facilitan y encantan la existencia en Atenas. No temían á nadie los atenienses, ni de nadie se recataban, porque lo ponían todo en su valor. Atenas jamás se prepara por largo tiempo á la guerra, y á pesar de inadvertida y descuidada, no cede á nadie cuando suena la hora de un verdadero peligro. Ella gusta de lo hermoso con medida y de lo artístico sin mocicie. Tiene riquezas para esparcir las y no para ostentarlas. Nadie se avergüenza en ella por pobre, si trabaja lo posible por sustraerse á la pobreza. Quien á la vida pública se niega, recaba nota de inútil. El discurso no puede obstar en Atenas al acto, y nadie se resuelve á nada sido después de haber deliberado mucho. El valor no está reñido en los atenienses con la calma, ni las inspiraciones con la reflexión. Cuanto más ciertos están del peligro, con mayor coraje lo desafían. Más gustan de obligar que de obligarse. Prefieren conservar el afecto de los obligados á recibir el importe de sus préstamos. Atenas quedará de escuela en Grecia por su genio y por su flexibilidad incomparables. Ella sola en el mundo supera con mucho á su renombre. Los vencidos créense honrados por de sus manos recibir la rota, y libres los súbditos al verse comandados por ella. Sus hijos han sabido guardar la esperanza en medio de las adversidades más terribles y combatir y sacrificarse por puro amor á la patria. Al deshonor de huir han siempre antepuesto la muerte. Cuando todo les halagaba en el mundo, lo han abandonado sin pena, seguros de dejar asentada sobre sus sacrificios la patria. Contemplar el poder de la ciudad, inflamarse de amores puros por ella, considerar á qué rasgos de audacia se ha debido su fortuna y á qué prudencia su conservación, he ahí el deber de todo ciudadano. Los jóvenes han de saber el ejemplo dado por los viejos. El padre ha de instruir á su familia en el amor patrio; el viejo, viendo cuán corto espacio le separa del sepulcro, ha de legar el honor á sus nietos. Ningún vivo debe aguardar los loores alcanzados por los muertos. En todos los contemporáneos laten otros tantos rivales, y sólo el mérito pasado, incapaz de obscurecer ningún otro y de suscitar competencias, obtiene honras fúnebres y estima universal. En cuanto á las mujeres, lo mejor que pudiera pasarles sería no oír su nombre en ajenos labios, ni con vejamen, ni con elogio. Por lo demás, la patria cuidará de la educación de sus huérfanos, pues allí crece la virtud en mayor pujanza donde se la cultiva y abona con más justas recompensas. Indudablemente, la oración fúnebre por los muertos, en las competencias entre Atenas y Esparta, quedará siempre como un acabado

modelo de apologías elocuentísimas, según el fallo inapelable de la posteridad. Su estilo breve y conciso no excluye la más alta elocuencia, y sus pensamientos, á pesar de profundos, no adolecen de la oscuridad con que suelen recatarlos al público muchas gentes superiores, cual si temieran difundirlos después de manifestarlos. Corre por toda esta oración una filosofía que no se descubre á primera vista como la sangre que circula por el cuerpo y que mantiene su vida. Un mérito extraordinario alcanza esa tan célebre arenga, inaccesible á toda primera lectura. La ironía está en sus párrafos distribuida con tan sobrio gusto, que no pica ni amarga. Cada elogio directo, al genio ateniense tributado, resulta indirecto vejamen al genio lacedemonio. Pero todo esto es la serenidad y armonía de una democracia que vence y gobierna, mientras Mirabeau es el resuello de una democracia que pelea y que asedia y que asalta. Existe la diferencia entre los discursos de Pericles y los discursos de Mirabeau que puede existir entre las figuras de Fidias en el Parthenón y las figuras de Miguel Angel en la Sixtina.

No culpéis á Mirabeau si ha cogido aquí ó allá sus ideas, si ha explotado á colaboradores que le han hecho sus discursos, si ha puesto en su boca artículos enteros de otro sin una sola palabra de propia cosecha, si ha sentido tantas pasiones y ha vacilado en tanta ocasión sublime hasta el punto de creerse con fuerzas para oponer sus hercúleos brazos al torrente por él desatado cuando no había podido fecundar aún la tierra y la conciencia. Es muy fácil juzgar desde el retiro de una biblioteca y sobre inmovible pupitre al hombre que ha pasado á través de la tempestad. Pero idos por el mundo social, comenzad esa carrera que no podéis medir y calcular, proponéos la reforma y la mejora en naciones acostumbradas á la servidumbre, y decidme cuántas veces vacilaréis y caeréis, críticos rígidos con la rigidez del frío de la muerte, en los combates, en los encuentros, en los abismos, en los tormentos de la vida. Quered ora descubrir nuevos mundos, ora estudiar, nada más que estudiar, la Naturaleza. Aquí una tierra desconocida y allí una playa donde el aire es mortal; ya la calma chicha hasta podrirse vuestros barcos, ya el huracán hasta estrellaros en los escollos; por tal punto necesitaréis la perfidia y el engaño para burlar á quienes os ganan en número y fuerzas, allá la crueldad para combatir por la vida; al través de las montañas gigantescas el alud que os hiela ó el volcán que os abrasa, la nube que os envuelve y el abismo que os llama, la noche que os extravía con sus tinieblas y el sol que os achicharra con sus dardos; bien un desierto donde morís de sed, bien una laguna donde os ahogáis en el cieno; y decidme si, al pasar por todo esto, emplearéis los procedimientos ordinarios de la vida y no os saltará mil veces la sangre del corazón y la hiel de los hígados en una continua batalla. Pues las supersticiones del mundo moral amedrentan más todavía que las calamidades del mundo físico. El más sublime de los redentores pidió á Dios que apartara de sus labios aquel cáliz de su pasión donde se contenía la salud de la humanidad. En lo alto de la Cruz lanzó esta pala-

bra de reconversión á los cielos: «Padre mío, ¿porqué me habéis abandonado?» Y si esto sucede al que siente dentro de sí un espíritu divino y una vocación sobrenatural para el sacrificio, ¿qué puede pasarle al vulgo de los mortales? El interés que herís, el privilegio que soterráis, la triste ambición que no podéis satisfacer; tantas pasiones que levantan como vívoras sus fauces abiertas y sus áspides aguzados para combatirlos, concluyen por imponeros las leyes y las necesidades supremas del combate. Y no hay hombre que haya combatido como ese hombre. Así la naturaleza lo ha forjado en el molde donde forja los titanes; lo ha hecho grande y monstruoso como á esos seres que han vivido en otras edades planetarias; ha puesto sobre aquel rostro deforme granizado por la viruela una frente celeste; y entre tantas pasiones como han consumido su vida, el amor á la libertad, en la cual parece que se abrasa su sangre y se derrite todo su sér cual se abrasaba la sangre y se derretía el sér de los místicos en las visiones y en los ardores del amor divino. Yo no conozco ningún otro que hubiera podido acercarse á la vieja encina de la Monarquía y desarraigarla, dirigirse á las aristocracias armadas de sus aceradisimas espadas, ceñidas de sus prestigiosos blasones, circundadas de sus recuerdos y herirlas, llevar, como la nube lleva la electricidad y la lluvia, en su palabra la idea para empapar con ella el terruño feudal y bautizar en el derecho al siervo, más pegado á la tierra aún que el nido de la alondra; encontrar en medio del relámpago que á todos vislumbra y ciega, la fórmula divina que todo lo salva; destruir un mundo y fundar otro con prodigios de verdadera elocuencia; precipitar lo antiguo en su caída, y cuando quiere detenerlo, como una hercúlea cariátide sobre los hombros sin doblegarse, para que no caiga en los abismos hasta que su destructor, complacido en reconstruirlo por un día para probar su fuerza, no haya caído en el sepulcro y dejado la vieja Monarquía, privada de lo único que ya prolonga su existencia, de la sombra gigantesca de aquel genio.

Luego, cuando ha vivido tanto, reconvenidle porque ha amado mucho; cuando ha pensado tanto, injuriadle porque ha transcrito y copiado; cuando ha combatido tanto, maldicidle porque mil veces ha tropezado en las batallas y ha caído en el polvo, y, ya en el polvo, se ha manchado. ¡Qué vida! Sus predecesores pertenecieron á esa Italia que despide y exhala evaporaciones de genio. Los combates de la libertad florentina amasaron la levadura de su vida. Por eso, la mezcla de energía y finura, de rudeza y de arte, como en aquellos palacios que son joyas aéreas y están compuestos de moles sin medida y sin pulimento. Por eso, la astucia unida con la fuerza; y el valor de los héroes con la sensibilidad femenina de los poetas; y el secreto del bien decir con la profundidad del pensamiento; y la idea democrática con los gustos aristocráticos; y la perfidia en la vida con la honradez en la tribuna; como que ha venido de Florencia, la cual, á su vez ha venido de Atenas. Y se ha criado en esas orillas del Mediterráneo, donde ha nacido Homero, donde ha pensado Platón, donde ha escrito Virgilio, donde han hablado Cicerón y Demóstenes. Un

castillo de la Provenza ha sido su cuna. Un padre, que amaba á la humanidad y odiaba á su familia, el primer tirano suyo. Un matrimonio de conveniencia, sustituido luego por un amor del corazón, la primera cadena. Los castillos, las fortalezas, las pasiones, las Bastillas, los húmedos calabozos, la habitación de su juventud. Las ambiciones de la vida pública mezcladas con los goces de los sentidos, su vicio. Las artes de la palabra y los medios infinitos de expresar la idea, su ejercicio. El trabajo inmenso, infinito, incalculable, como no puede calcularse otro igual, su ocupación. El rayo de la tormenta, su atmósfera. Los nobles y privilegiados, á quienes pertenecía por la cuna, su odio. El pueblo y la humanidad, su amor y su familia. Dios no estaba en su razón; la idea moral no estaba en su conciencia; la honradez no era el patrimonio de su vida; llevó su apostasía hasta la venalidad, sin presintir que la Historia sólo absuelve las apostasías honradas, y su sensualidad hasta el epicureísmo, sin ver que los goces de su vida quebrantan y consumen á quien ya tiene los goces de la inspiración y de la idea; pero de ese montón de inmundicias, donde está triturado su esqueleto, su vida de un día, se levanta como llama purísima y purificadora, todo aquello que en él no pecó: su palabra, su idea, su elocuencia, son fórmulas de libertad; sus acentos de ira contra los tiranos, sus arengas inmortales, sus interrupciones tonantes, los rayos con que ha consumido los miasmas y ha iluminado al mundo, su imperecedera obra de redención, su titánica lucha por el humano progreso.

Ante la colosal figura de Mirabeau no puede uno menos de recordar los dos colosos de la palabra en el tiempo y en el mundo, Cicerón y Demóstenes. Los grandes oradores en la Historia son rarísimos y contribuyen mucho á la resonancia de su verbo, el espacio, es decir, el teatro donde hablan, y el tiempo, es decir, las circunstancias que le rodean. A Mirabeau le toca presidir el terrible nacimiento de la democracia moderna en Europa, y á Demóstenes y á Cicerón les toca presidir el postrer instante de las respectivas democracias en la Atenas y en la Roma clásicas. Así la elocuencia de los dos oradores antiguos se circunscribe á sus sendas ciudades y parece que sólo tienen por enemigos dos hombres, Filipo y Antonio, mientras la elocuencia de Mirabeau combate instituciones como la Monarquía y el feudalismo, al par que proclama principios necesarios á toda la humanidad, los derechos humanos. La mayor arenga de Cicerón es la segunda filípica. Si bien las catilinarias son muy célebres, las filípicas son más célebres. Pues bien; la segunda nunca se pronunció; escribióla el orador en sus jardines de Nápoles; y sin embargo, queda en el sentir universal como la primera entre todas sus oraciones y es propuesta en las aulas como un modelo al estudio y admiración de la posteridad. Cicerón habla de su templanza con el enemigo, usada por él en la primera filípica, donde le trataba con respeto, no obstante haber sacado á pública subasta el palacio de los senadores y establecido leyes no consultadas al pueblo y abolido los auspicios siendo augur así como la oposición tribunicia siendo cónsul y rodeándose de odiosos sicarios y herido entre los vapores de las